

DANIEL SÁNCHEZ PARDOS

DAMA POZO

*1854: Barcelona sigue prisionera de sus murallas.
El hallazgo de un cadáver incorrupto puede
ser la señal del fin de los tiempos*

minotauro

DANIEL SÁNCHEZ PARDOS

LA
DAMA
DEL POZO

minotauro

Primera edición: junio de 2017

© Daniel Sánchez Pardos, 2017

© Mapa de Fernando López Ayelo, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0459-3

Depósito legal: B. 12.101-2017

Preimpresión: Pleka

Impreso en España por Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Iluminada por los resplandores del último incendio activo en los muelles, la gran mole de la catedral se antojaba aquella noche, más que nunca, una imagen llegada de otro tiempo. Una espesa capa de humo y niebla capturaba la luz rojiza del fuego y la esparcía sobre el corazón de la ciudad antigua, revelando gárgolas y torreones y mudando de color las ropas que colgaban ante las ventanas de los edificios más humildes. No eran todavía las diez, pero no se veía un alma en las calles.

—Una noche tranquila —comentó el joven de los anteojos, mirando el paisaje que discurría al otro lado de su ventanilla.

—Una noche tranquila —coincidió el hombre que lo acompañaba en el carruaje—. Salvo por el fuego en los muelles y por el cadáver que nos disponemos a inspeccionar.

El joven sonrió imperceptiblemente.

—Cierto. —Y tras un breve silencio, añadió—: Este rodeo se debe también al toque de queda, imagino.

Su acompañante asintió con un gruñido inarticulado.

—Han cerrado los accesos a San Jaime. Las autoridades prefieren tener el camino despejado a su alrededor, por si las moscas.

—No parece una mala idea.

—Tampoco las patrullas en el puerto parecían una mala idea. —El hombre agitó la cabeza sin dejar de mirar por su propia ventanilla—. Nada parece nunca una mala idea, hasta que interviene la realidad.

El carruaje dejó a su derecha las torres de la plaza Nueva y se internó en la trama de callejuelas que ocultaban la fachada inconclusa de la catedral. Remontó luego la calle de los Condes, torció por la bajada de Santa Clara y se detuvo ante la embocadura de la plaza del Rey, donde una carreta militar estaba cruzada en mitad de la calzada. También los severos volúmenes del palacio del Lugarteniente refulgían aquella noche con un brillo particularmente irreal. El brillo del fuego reflejado en la niebla. El brillo de un drama lejano iluminando una escena en la que todo era silencio y aparente placidez.

El joven de los anteojos aguardó a que su acompañante descendiera del carruaje en primer lugar. Acto seguido, puso él mismo un pie en la película de paja que cubría el suelo empedrado y experimentó la sensación familiar de que todo cuanto estaba a punto de suceder había sucedido ya infinidad de veces en el pasado, y habría de suceder también infinidad de veces en el futuro, porque todo cuanto alguna vez había sucedido en aquella ciudad suya de fantasmas y de simulacros estaba condenado a no dejar de suceder infinitamente, una y otra vez, sin pausa ni modificación, hasta el final de los tiempos.

—Si la madre superiora trata de acogerse a sus leyes divinas, no dude en repetir el nombre de su amigo —estaba diciéndole el hombre cuando volvió a atender a la realidad—. Repítalo todo lo alto que haga falta y tantas veces como considere necesario. El obispo Riera le ha concedido el privilegio de inspeccionar ese cadáver milagroso en beneficio de nuestra humilde justicia terrenal, y no piensa usted marcharse sin haber cumplido con su obligación. Y si aun así nos niega la entrada al convento, no me tenga en cuenta lo que pueda hacer.

El hombre se encasquetó su sombrero de inspector del Cuerpo de Vigilancia y le dio algunas instrucciones al cochero. Luego echó a andar hacia el interior de la plaza con aire marcial.

—¿Está usted pensando en pegarle a una monja, inspector? —preguntó el joven, apresurándose a alcanzar a su colega—. ¿O solo tiene intención de detenerla?

El hombre amagó algo parecido a una sonrisa.

—Confíemos en que nos baste con el poder de la palabra —replicó, ya en la escalinata de acceso al portalón del convento de Santa Clara—. Aunque puede que las palabras a las que debamos recurrir no sean las más apropiadas para los oídos de una sierva del Señor. Y ahora, déjeme hablar a mí.

Mientras aguardaban a que alguien atendiera a los aldabonazos que el inspector acababa de dar en la puerta, el joven de los anteojos se volvió hacia la plaza y contempló la variada muestra de reliquias de otro tiempo que tenía delante. La escalera del antiguo palacio real, en cuyos peldaños los Reyes Católicos habían recibido a Colón a su regreso del Nuevo Mundo. La capilla medieval de Santa Águeda, con sus muros afirmados sobre las murallas de la vieja Barcino. La solitaria columna del templo de Hércules, y tras ella, en un rincón de la plaza, devorada por un feo edificio del siglo XVIII, la casa en ruinas del verdugo de la ciudad. El arco completo de la historia de Barcelona, resumido en el breve espacio que ahora la vista del joven abarcaba con dificultad.

—No recuerdo una niebla como esta en pleno mes de agosto —dijo, volviéndose hacia su acompañante y observando su rostro también difuminado por las partículas brillantes que flotaban en el aire—. De no ser por la niebla, ni siquiera advertiríamos aquí el olor del fuego. Uno esperaría que el aire ya estuviera más limpio a estas alturas, con las fábricas sin funcionar desde hace más de una semana. Y sin embargo...

—Y sin embargo, aquí estamos, respirando salpicones de agua caliente con sal y ceniza —completó el inspector—. Usted es el anatomista, Palafox. ¿Qué nos matará antes, la ceniza o la sal?

El joven de los anteojos no tuvo ocasión de responder. El portalón del convento se entreabrió en ese instante y una cabeza blanca se asomó con precaución por la minúscula rendija.

—¿Los envía el señor obispo?

La novicia era muy joven, casi una niña, y tenía unos grandes ojos negros que miraban con desconfianza a los dos visitantes.

—Inspector Octavio Reigosa, del Cuerpo de Vigilancia de Su Majestad —anunció el hombre, rozándose el ala del sombrero con la punta de dos dedos enguantados—. Y este caballero es Andreu Palafox, anatomista y colaborador del Cuerpo. El señor obispo le ha concedido al señor Palafox el privilegio de...

La novicia abrió el portalón del convento sin molestarse en escuchar el final de la frase que el inspector llevaba ensayando en su imaginación desde que había abandonado el palacio episcopal a última hora de aquella tarde.

—Los acompañaré hasta la bodega —murmuró—. La madre superiora los está esperando allí abajo. Síganme, por favor.

Echaron a caminar los tres por el interior de la oscura capilla que ocupaba el cuerpo principal del antiguo palacio. Dos únicas lámparas de aceite iluminaban la sala, que estaba presidida por un enorme altar barroco. El olor a incienso lo impregnaba todo. Una puerta lateral los condujo hasta la primera de una larga serie de habitaciones interconectadas, todas grandes y vacías. El refectorio de techo abovedado dio paso a una sala de trabajo comunal que en seguida se convirtió, por mediación de una puerta flanqueada de columnas, en una triste biblioteca de anaqueles despoblados. Una empinada escalera los llevó a un pasillo subterráneo lleno de puertas cerradas, y al final de este, la luz del candil que la novicia portaba en su mano alumbró un portalón de madera abierto en el suelo.

Los peldaños que de allí descendían tenían el color de la piedra desgastada por muchos siglos de pisadas y de humedades sin controlar.

—La bodega —anunció la joven, alzando el candil e iluminando su propio rostro—. Ahí es donde la han encontrado. La madre superiora los espera a su lado.

El inspector Reigosa suavizó al instante los músculos de su rostro.

—¿No bajará con nosotros, hermana...?

La novicia negó firmemente con la cabeza, pero no se atrevió a rechazar los puntos suspensivos que el hombre había dejado a su disposición.

—Martina —murmuró—. La madre superiora los espera.
—¿Puedo preguntarle si conocía usted a la infortunada, hermana Martina?

La joven agitó de nuevo la cabeza.

—Nadie la conocía, señor. Nadie sabe quién es. Nadie sabe desde cuándo está ahí. —Un escalofrío agitó visiblemente el hábito de la novicia al pronunciar estas palabras—. Que Dios la tenga en Su gloria —añadió, ejecutando con su mano libre una rápida señal de la cruz.

El inspector asintió con gravedad.

—Muchas gracias por su ayuda.

—Ha sido usted muy amable, hermana Martina —intervino entonces Palafox, con tono amable—. Pero creo que hay algo más que desea compartir con nosotros, ¿no es así?

La novicia repartió una mirada asustada entre los dos hombres y abrió la boca para decir algo. Luego la cerró de nuevo, y solo al cabo de un visible forcejeo interior la volvió a abrir para decir:

—Nadie conocía a la muerta, señor. Pero todas la habíamos oído llorar cientos de veces.

Reigosa y Palafox intercambiaron miradas. Los músculos del rostro del inspector se endurecieron ligeramente, mientras que el anatomista se llevó un dedo al puente de los anteojos y observó con renovado interés la pálida estampa de la muchacha que tenían delante.

La hermana Martina no contaría más de dieciséis años. Era pequeña y delgada, tenía las cejas morenas y la piel muy pálida, y algo en su porte revelaba un origen poco distinguido, acaso rural, que su acento y su entonación lograban disfrazar casi a la perfección. Una delgada cicatriz recorría toda su mejilla izquierda, desde el párpado hasta debajo de la boca, y los cortes visibles en sus labios sugerían la falta de salubridad recurrente en todos los conventos de la ciudad. Sus ojos tenían una tonalidad extraordinaria de negro que a Palafox, por un segundo, le hizo pensar en los ojos de otra mujer.

—¿Puede explicarme qué quiere decir con eso de que la han oído llorar ustedes cientos de veces, hermana Martina?

La novicia sostuvo la mirada del inspector Reigosa. Sus labios temblaron antes de responder.

—En el pozo, señor. En el fondo del pozo del patio. Lo llaman el pozo de la Ahogada. Dicen que lleva siglos llorando allí abajo. Todas las hermanas la han oído llorar desde que tienen memoria, incluso las más ancianas. No hay mes que no lllore alguna noche.

La hermana Martina se santiguó de nuevo. Reigosa miró a Palafox y aguardó a que fuera este quien hablara.

—¿Han tratado alguna vez de ver qué hay en el fondo de ese pozo?

Los ojos de la novicia se posaron en los cristales de los anteojos del anatomista y cambiaron levemente de expresión.

—El pozo está seco —respondió de inmediato—. Siempre lo ha estado. No hay nada en su fondo. Lo han excavado varias veces, y no hay nada en él. Ahora sabemos por qué.

Palafox asintió con la cabeza.

—Porque la Ahogada no estaba en el fondo del pozo. Estaba en la bodega.

La novicia se santiguó una vez más.

—Que Dios la tenga en Su gloria.

—Pero lo que ustedes han encontrado no es... —comenzó a protestar el inspector Reigosa, pero la mirada de su colega lo obligó a interrumpirse—. En cualquier caso, vamos a ver lo que tenemos ahí abajo —murmuró—. Gracias de nuevo por su ayuda, hermana Martina.

El hombre se llevó la mano al borde de su sombrero, rodeó la trampilla abierta y comenzó a descender los peldaños de la escalinata que se hundía en las profundidades del antiguo palacio real. Palafox le dio también las gracias a la novicia e intercambió con ella un doble amago de sonrisas nerviosas que al anatomista se le antojó, de alguna manera, el único preámbulo adecuado para un espectáculo como aquel que el inspector Reigosa y él estaban a punto de contemplar. Luego se aferró a su maletín, plantó el pie derecho en el primer peldaño de la escalinata y aguardó a que la realidad se disolviera y volviera a

recomponerse a su alrededor de la manera acostumbrada — millones de pisadas resonando a lo largo de los siglos sobre la piedra húmeda que sus pies ahora pisaban; millares de rostros muertos iluminándose solo un instante en la linterna mágica de su cerebro— antes de iniciar por fin el descenso hacia lo desconocido.